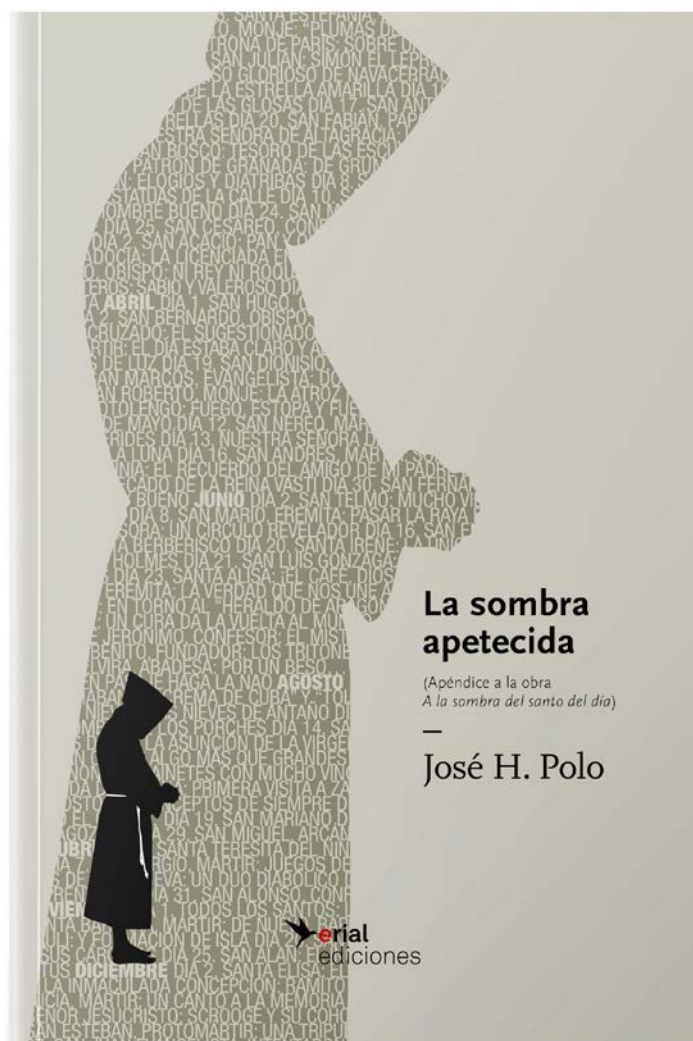


## Reseñas

# Sombras luminosas

Luis Beltrán Almería

José H. Polo; *La sombra apetecida*. (Apéndice a la obra *A la sombra del santo del día*). Zaragoza: Erial ediciones, 2015.



Dice Juan Domínguez Lasiera en el prólogo a este libro que José H. Polo (Madrid, 1927) es un gran escritor, “oculto bajo un gran periodista.” Dice que su “prosa de perfección clásica, llena de viveza e ingenio, de rigor y sutileza, de inteligencia y sensibilidad, ... nos ha descubierto a un verdadero escritor”. Para quien no haya leído los libros de Polo —*Médanos de oro*, *La casa apagada*, *A la sombra del santo*

*del día*— pueden parecer los elogios desmedidos de un amigo. Pero no lo son. Estas palabras contienen una buena dosis de verdad. Quizá les falte la apoyatura del estudio, de la explicación argumentada. Lo que sigue es un primer intento de argumentar el acierto de este juicio.

También dice Domínguez Lasiera que Polo ha escrito cuentos, novelas, memorias más o menos disfrazadas de dietarios. Yo diría

que Polo es un escritor de “arte y ensayo”, como aquellos cines ya desaparecidos. Polo ha querido ser novelista y cuentista. No son sus relatos merecedores de ese juicio entusiasta. Pero sí lo son sus ensayos y memorias, especialmente los ensayos. Me refiero a esos dos volúmenes titulados *A la sombra del santo del día* y a este que ahora comento, *La sombra apetecida*, sin olvidar *La casa apagada*, la memoria

de una casa. Se trata de ensayos de orientación claramente autobiográfica. Desde Montaigne el ensayo es así, autobiografía solapada de saber e ilustrada con anécdotas. En la obra que ahora nos ocupa caben incrustados otros géneros: desde la poesía y la novela breve (*Sombra y luz*, 16 de mayo; *El misterioso don Gimustibi*, 2 de julio) a la leyenda (13 de mayo, *La gruta de la luna*) o a la descripción costumbrista (el relato marino del 18 de julio), pasando por todas las variaciones posibles del ensayo, desde la diatriba política o la crónica de sucesos a la crítica literaria o artística y los recuerdos de infancia y juventud. Puede parecer una miscelánea, pero es algo más que eso.

Repartidos en las ochenta y dos viñetas o anécdotas que componen este volumen, se distribuye un material a la vez erudito y autobiográfico, pues tras cada viñeta emerge, en forma de símbolo, uno de los rasgos o cualidades del autor. Es una forma sabia y discreta de presentar la apología de una determinada concepción de la vida. Gracias a esas anécdotas se nos presentan valores de la actividad social, de la educación, del trabajo (su trabajo de periodista en el *Heraldo*), de las relaciones de amistad, de las cualidades humanas, de las obras literarias o artísticas dignas de conocerse o leerse, de las ciudades o de la vida rural, de las costumbres... Ese material ha sido seleccionado de entre los diversos acontecimientos, sucesos o conocimientos significativos vinculados a distintos momentos de la vida del autor. Por eso habla Domínguez Lasierra de memorias. Pero lo esencial de ese material recopilado no es la memoria sino la lección que conlleva. Esa lección va acompañada de un discurso preciso y limpio. No podía ser de otra forma porque se trata de una lección acerca de la pulcritud y la excelencia en la vida. Suele suceder que este tipo de discurso sea lo que valora la crítica. Pero en el ensayo eso

es solo la epidermis y lo que cuenta es lo que contiene.

Podría decirse —y se ha dicho— que lo que contiene este dietario es un santoral laico. Los santos de Polo son humanos. Son personas de bien. Son personas que pasaron fugazmente por su vida —como excursionistas, como visitantes, incluso como turistas— o personalidades de la vida cultural que dejaron huella en alguna de las facetas de la vida del autor. Esas huellas son lecciones sobre la amistad, sobre la dignidad o sobre determinados temas culturales. Podemos ver esas personas y esas huellas como un gran mosaico que construye la imagen del hombre (o la mujer) de bien, un ser humano culto, alegre y creativo, emprendedor no para enriquecerse sino para enriquecer su entorno vital.

Quizá convenga que me explique algo mejor. No es esta obra un rosario de viñetas. Y, en este sentido, la encuentro superior a su predecesora *A la sombra del santo del día*. A esa magna obra precursora nuestro autor le ha dado una dimensión enciclopédica (son dos bien nutridos volúmenes), al marcarse un reto que es proponer una personalidad para cada uno de los trescientos setenta y seis días del año bisiesto. Ese enciclopedismo cede aquí el paso a una selección. Son ochenta y dos días con sus correspondientes temas (más flexibles en su elección que en la obra precedente). La sombra es ahora *apetecida*, depurada y selecta para ofrecer una lección superior, casi diría, un testamento: lo que José H. Polo ha aprendido de la vida, que no es poco ni está al alcance de cualquiera. Su unidad no la da el reto de completar el almanaque. La unidad *apetecida* emana de la personalidad del autor, de lo que ha sido relevante en su vida y debe serlo para los contemporáneos y para las generaciones que nos sucederán. Esta sombra *apetecida* no es, pues, un apéndice sino la cumbre de un

proyecto literario que, como dice Polo de otros, merece ser contemplado por la posteridad.

Me permitiré señalar algunos aspectos de la obra que tal vez resulten esquivos al lector. La dimensión autobiográfica de este ensayo se limita a la vida pública. Solo en una ocasión alude a su esposa (p. 219), además de la dedicatoria. A propósito de la semblanza dedicada a Fernando Fernán Gómez nos advierte del celo por conservar la intimidad más allá de las miradas de los curiosos. Pero aquí no es el interés por velar lo familiar lo que orienta la atención a la vida pública. Lo importante es establecer un orden sistemático —el del calendario— que permita ubicar los aspectos biográficos del hombre, del escritor, del pensador sin someterse a la cronología ni al orden biográfico. Así, liberados del marco temporal individual esos rasgos cobran una dimensión trascendente.

Esta dinámica expositiva tiene una larga tradición en la historia literaria. Se remonta a la literatura sabia de la Antigüedad, en especial a la biografía que escribe Suetonio (*Las vidas de los doce Césares*). Tiene una poderosa manifestación en los siglos posteriores. Pero no se remonta Polo tan lejos a la hora de sugerir ese pedigrí. Dos momentos del siglo XX le permiten señalarlo: la obra de Joseph Conrad *El espejo del mar*, que define como “una magnífica colección de estampas, situaciones, reflexiones y experiencias” (p. 61) y que debe de haber tenido su parte en la atracción marina que exhibe Polo, y el magisterio de Azorín, la primera y principal referencia literaria de nuestro autor.